

CARMELO ROMERO SALVADOR

El fin de un mundo

Índice

1. La última tierra, 9
2. En un palmo de la meseta, 14
3. Gorrión de campanario, 17
4. Testigos de un mundo ido, 23
5. Medianejos, 30
6. Viejas raíces, 36
7. La Roya, 41
8. Apresado el tiempo, 47
9. Carrera entre carreras, 52
10. Cerezas en cesta, 59
11. Sudar el cereal, 65
12. Cuando faltan quehaceres, 73
13. Como en cierto Parlamento, 79
14. Cosas del progreso, 85
15. Vaivenes, 94
16. Hambre y miedo, 102
17. Estraperlo, 110
18. Grietas en el tinglado, 119
19. Pan bendito, 126

20. Evita, 133
21. ¡Americanos!, 140
22. Pelear la existencia, 149
23. Su Majestad, 158
24. Cabezas llenas de fantasías, 169
25. Hagan juego, 181
26. Energía comunal, 191
27. Añoranzas navideñas, 201
28. De los relinchos a los motores, 210
29. Alimentando la tierra, 220
30. El desplome, 230
31. Del común y del Estado, 237
32. La alargada sombra de la Iglesia, 245
33. El libro y la azada, 257
34. La desgracia de nacer mujer, 268
- Tiempo después, 279

*A mis padres y abuelos,
por lo que aprendí.
A mi nieta,
por lo que sigo aprendiendo.*

I. La última tierra

LOS SONIDOS DE LAS paladas de tierra sobre un ataúd no se olvidan nunca. Da igual la edad que tengas cuando los oyes. Permanecen para siempre imborrables en tu interior. Yo los oí por vez primera, cuando tenía cinco años, en el entierro de mi abuelo materno. Hoy, ya cercano a los cincuenta, he vuelto a oírlos en el de mi abuela paterna.

Era distinta la madera de la caja: tablones de pino apenas pulido aquella, roble oscurecido y macizo esta; ha cambiado, pese a ser el mismo cementerio, la tierra: grumosa y reseca por el sol y la sequía del agosto entonces, apelmazada en láminas por las lluvias y los rocíos del otoño ahora; han variado, quizá, las palas y, desde luego, los brazos que las han movido, pero los sonidos son los mismos. Un golpe seco prolongado en ecos que son cortados por otro golpe seco, a plomo. Y así, una y otra vez, hasta la última palada, que nunca en tu cerebro es la última, porque en él siguen manteniéndose en el tiempo los golpes y los ecos.

Podría haber tardado muchos más años en oír de nuevo los sonidos de aquellas paladas, podría quizá no haber vuelto a oírlos jamás, pero sé que seguirían inconfundibles en mis adentros, como siguen el recuerdo de un beso o el dolor de una pena.

Me he quedado a dormir en casa del abuelo. En esta casa en la que pasé los veranos de mi infancia. Aunque la casa es la misma, ya nada es igual. No oigo cacharrear a la abuela en la cocina, ni siento

sus pasos subiendo las escaleras para darme un beso, las buenas noches y arroparme; tampoco oigo al abuelo dando la última vuelta por la cuadra de las caballerías y la corte de los cerdos antes de terminar el día echando doble vuelta de llave a la puerta de la calle.

Pese a que aún es temprano, apenas anochecido, hace ya un rato que el abuelo duerme. Angélica, la mujer ecuatoriana que desde hace nueve años los ha estado cuidando, le ha dado una pastilla para dormir.

—Le vendrá bien —me ha dicho— porque, aunque ya no se entera de casi nada, es posible que el trasiego de hoy le haya afectado.

El trasiego —me digo para mí— y la soledad de su cama después de sesenta y ocho años compartiéndola con la abuela.

Apenas he hablado con Angélica, pero me ha parecido —como todas las demás veces que, tan esporádica como brevemente, he hablado con ella— una buena mujer. Quizá —¿quién sabe?— la que más ha sentido la muerte de mi abuela y, desde luego, la que más pendiente y cariñosa ha estado con mi abuelo.

Recostado en la cama, con la luz encendida, el cenicero en la vieja y destartalada mesilla y un cigarrillo de los dedos a los labios y de los labios a los dedos, mis ojos tratan de encontrar aquel camello, aquel león, aquel rinoceronte y aquella ardilla que de niño veía, entre los continuos juegos de las luces y las sombras, en los salientes y desconchados de las paredes de esta misma alcoba.

Es inútil. Mi imaginación ya no es tan fértil como entonces y mis pensamientos deambulan por otros derroteros.

Intento evitarlo, pero mi cabeza sigue estando en esta tarde de iglesia y cementerio. Cuarenta y ocho personas he contado —yo que soy tan dado a los conteos y las estadísticas— mientras, difusamente, como inacabados bocetos, sus rostros iban desfilando ante mí. Nueve hombres y catorce mujeres de este pueblo de Valdelpozal; cinco hombres más y siete mujeres de cuatro pueblos cercanos —entre los treinta y cinco deben sumar tres milenios largos—; cuatro mujeres sudamericanas, una rumana y una norteafricana;

un chino que ha traído las coronas de flores; el cura latinoamericano que ha oficiado la misa y el entierro; mi abuelo y Angélica, su cuidadora; mi padre, su mujer y yo.

No han venido ni mi hermana ni mi hermanastra. Aquella porque estaba viajando a Mozambique; esta porque, se ha adelantado a decirme su madre, «no se encuentra bien y aquí, como es tan sensible la pobre, ya la conoces, lo habría pasado fatal. Además, ya no hay nada que hacer, así que hemos decidido que se quede en casa con unas amigas».

No tenemos más familia cercana. Mi padre solo tuvo una hermana a la que ni llegó a conocer, pues, siendo mayor que él, murió antes de cumplir el año, y mi madre, hija única, falleció hace cinco en una residencia.

Apenas he hablado con mi padre. No ha habido ni tiempo por su parte ni ganas por parte de ninguno de los dos. Hace ya años que, en vez de buscarnos, nos evitamos. Tras recibir apresuradamente el pésame y saludar, con no menos prisa, a los lugareños, ha trazado un par de carantoñas al abuelo; le ha dicho a Angélica que siguiera a su cuidado y que ya hablarían; me ha esbozado un abrazo con una explicación de despedida —«se me hace tarde y ya no me gusta conducir de noche»— y se ha metido rápidamente en el coche con su mujer, dejando sensación de huida en el ambiente y en el aire olor a colonias caras.

Tras ellos, después de abandonar mucho más despaciosamente el atrio de la iglesia, el coche del chino, el del cura y los cuatro en los que han venido los vecinos de los otros pueblos. Y poco a poco, bajando con lentitud la cuesta de la iglesia y cuchicheando del tiempo y en voz más baja de nuestra familia, la veintena de ancianas y de ancianos del pueblo y sus cuidadoras.

Angélica, mi abuelo y yo nos hemos quedado un rato más. Ella, recomponiendo y ordenando las coronas y los ramos de flores; el abuelo, en su silla de ruedas, con la mirada perdida y el pensamiento quién sabe dónde, y yo contemplando el pueblo y el horizonte desde

una de las paredes bajas de piedra que circundan el altozano del cementerio.

El pueblo es pequeño, ciertamente muy pequeño. Menos de un centenar de casas de escasa altura, con sus corrales, agrupadas en tres calles estrechas y en media docena de rincones. En mis recuerdos de la infancia el pueblo era más grande, mucho más grande, porque la pequeñez de un niño todo lo agiganta.

Las tierras de los labrantíos —rojas unas, parduzcas otras— y las cercas de piedra, que encierran un verde claro de hierba menuda en lo que fueron eras de trillar el cereal, se adentran en el pueblo como lenguas de mar que penetran en la costa. Hacia el poniente, estrechos caminos terrosos que se entrecruzan y se pierden allá donde empieza el horizonte. No puedo ver en la distancia el riachuelo en el que de niño cogía cangrejos, ranas y bermejuelas, pero un amarillo dorado de chopos, de mimbreras y de fresnos va trazando su silueta. En todo lo demás que mi vista alcanza a divisar, el verde oscuro del encinar salpicado de los cobres del roble y, emergiendo sobre ellos, hasta rayar el alto cielo azul, una masa blanquecina, metálica y aspada de gigantescos molinos de viento.

Quizá el cementerio y el otoño sean manantiales de nostalgia, pero lo cierto es que si a la felicidad hubiera que ponerle nombre y fecha, esta tarde, apoyado en el bajo tapial del cementerio, le habría puesto el de este pueblo y la de los días aquí pasados en los veranos de mi infancia.

Ha sido Angélica la que ha roto el silencio y la que ha tomado la decisión de que nos marchemos.

—Empieza a refrescar y el abuelo puede coger frío.

Aunque hace ya un buen rato que apagué la luz, continuo dando inquietas vueltas en la cama. Siento haber dejado en el coche la maleta en la que llevo los libros, porque me vendría bien leer para que mis pensamientos tomaran otros derroteros.

Pruebo a pensar en la nueva novela que tengo entre manos. Llevo tiempo, el mes que viene hará dos años, empapándome de

aquellos finales del siglo xviii en los que un mundo viejo agonizaba y otro mundo nuevo pugnaba por nacer. Si logro dar con la tecla adecuada, esta novela —mañana mismo, en cuanto regrese del pueblo a la ciudad, comenzaré a escribirla— mejorará todas mis anteriores.

2. En un palmo de la meseta

HA SIDO UNA NOCHE de duermevela. Ni siquiera ahora, ya con las luces del día colándose en la alcoba —siguen sin ajustar bien, nunca lo hicieron, los dos pestillos de las contraventanas—, sabría decir con certeza si estoy despierto o continuo en esa incierta frontera en la que no es fácil deslindar lo que son sueños y lo que es consciencia.

Lo que sí sé es que en esta inquieta y larga noche he estado en muchos lugares y he sido muchas personas: tejedora dieciséis horas al día en una gran fábrica de Mánchester; niño de seis años acarreado carbón por los angostos túneles de las minas de Newcastle; hombre forzado a cambiar el pastoreo de las ovejas en campo abierto por la tejeduría mecánica del algodón entre cerradas y sucias paredes en Birmingham; chabolista en los suburbios de Londres y pedigüeño y hampón en sus barrios ricos; chica de calle, prostíbulo y cárcel en Glasgow; desorejado en Liverpool por promover entre los compañeros de fábrica y de paro la necesidad de asociarnos para poder negociar con los patronos las condiciones de trabajo, en vez de que estos nos las sigan imponiendo a su interés y conveniencia; asaltante de la Bastilla parisina y vasallo en los campos franceses, en los que sumé mi hoz y mi horca a las de otros campesinos para asaltar los castillos de la opresión en aquel agosto de revolución e ira de 1789. He sido, en fin, Robespierre y he sido su verdugo; el Napoleón triunfante y también el derrotado; y una mujer sin nombre que paría continuamente hijos para la guerra.

Y entre aquella Inglaterra de máquinas y de fábricas y aquella Francia que guillotinaba reyes para a los pocos años proclamar emperadores, en mi duermevera, de cuando en vez, las calles de este pueblo de mi infancia y esta casa con mi abuela, nunca joven, fregando, barriendo, cosiendo, encendiendo el fuego, cocinando, subiendo y bajando escaleras, echando de comer a los animales... y siempre sonriendo.

Me llega desde la planta baja de la casa la voz de Angélica despertando con cariño a mi abuelo y diciéndole que ya le tiene preparado el desayuno. Murmura el abuelo palabras que no entiendo y, como cuando era niño, estiro la sábana y cubro con ella mi cabeza tratando de ahuyentar aquellos años de finales del siglo XVIII en los que Inglaterra galopaba, a lomos de riqueza y de miseria, por su revolución industrial, y Francia, entre los pánicos de unos y las esperanzas de otros, por su revolución social y política.

Desearía que estas últimas horas en el pueblo, que estos últimos minutos en la alcoba y en la cama de los veranos de mi niñez, tuvieran la misma placidez de aquel entonces, cuando el mundo se reducía a los tres o cuatro centenares de vecinos, siempre los mismos, y quedaba comprimido en el páramo y los montecillos que teníamos a la vista.

—¿Para qué coñe queremos más? —le oí decir alguna vez a mi abuela.

Me acuden al recuerdo aquellas Navidades en las que vino con el abuelo a nuestra casa de la ciudad. Los pocos días que en ella estuvieron se les hicieron muchos, y cada uno de ellos, muy largo, eterno.

—Nos gusta estar con vosotros, claro, pero no aquí. Lo nuestro es el pueblo. En esta ciudad tan grande, con tanto coche, tanto jaleo y tanta gente, ni el abuelo ni yo sabemos qué hacer; parecemos dos tontos.

—A mí, al principio, me pasaba igual —le respondía mi madre—, pero todo es cuestión de acostumbrarse, Carmen.

—Nosotros nunca nos acostumbraríamos y, aunque aquí hay más comodidades, muchas más, dónde va a parar, no las cambiamos por nuestras ovejas, nuestros cerdos y nuestras gallinas. Pensaréis que somos bobos, pero eso de ir por la calle y no conocer a nadie ni poder decir siquiera buenos días o qué tal estás y aprovechar para pegar un rato la hebra no va con nosotros. Lo nuestro, por más que os empeñéis, no es Madrid, es el pueblo.

Después de aquellas Navidades, no volvieron a nuestra casa. Cierto es que mis padres se separaron un par de años más tarde y que la nueva mujer de mi padre nunca fue santa de devoción de mis abuelos ni estos, desde luego, de ella. Pero, aunque no hubiera sido así, aunque mis padres hubieran continuado juntos, pienso que a los abuelos les habría costado mucho volver a nuestra casa. La gran ciudad les resultaba, más que extraña, enemiga. Todo lo que la llena y da sentido —edificios, coches, luces, gentes— a ellos los vaciaba. No es únicamente Saturno, el dios del tiempo, quien devora a sus hijos; mis abuelos, en unos pocos días, se sentían devorados por la gran ciudad.

Disimulaba a duras penas su tristeza el abuelo, y a la abuela solo la vi sonreír, ella que entonces siempre era risas y alegrías, cuando se quedaba en casa jugando con mi hermana y conmigo y, más gozosamente todavía, al subirse al coche de mi padre para marchar de vuelta al pueblo.

—Mucha gente, mucho jaleo y mucho ruido —en eso resumía la abuela la ciudad.

En eso y en que había visto negros y chinos cuando creía que únicamente los había en África, en China y en América, «esos lugares —comentaba ella— que no hemos visto ni veremos nunca».

¡Quién iba a decirle entonces que, una cuarentena de años más tarde, aquí, en este su pueblo, en un palmo de la meseta, entre las cuarenta y ocho personas que nos hemos juntado para darle el último adiós iban a estar presentes personas de todos los continentes y pieles de todas las razas de las viejas enciclopedias!